

“Qué imprudente afirmar que las personas dan forma a su propio destino. Todo lo que pueden hacer es determinar sus respuestas internas.”

Ety Hillesum



Alonso Cano, Jesús y la samaritana, 1640

PARA LEER...

BERMEJO, J.C., *El Sanador herido*. Sal Terrae, Madrid 2022

Para recibir este material en tu casa escribe a
Servicio de Atención Espiritual
–Centro San Camilo– Tres Cantos, Madrid
xabier@sancamilo.org



Nicodemo y la Samaritana



Dos personajes muy distintivos; ambos tienen sed, a su manera. Nicodemo era un hombre cultivado y significado: uno de los notables de los judíos, maestro de la Ley; un hombre sensato y realista: ¿Es que nuestra Ley permite juzgar a nadie sin haberlo escuchado o sin conocer sus hechos?; suficientemente decidido para ponerse al final al lado de Jesús y ser uno de los que le dieron sepultura. No era distraído, sabía leer los signos de los tiempos: Los milagros que hace no los podría hacer nadie si Dios no estuviera con él, dice a Jesús.

La Samaritana, una mujer como mínimo ligera y voluble, hábil para hablar y para esquivar cuestiones comprometedoras. Cinco maridos se la habían sacado de encima, y ahora estaba viviendo en concubinato. Poca cultura y poca formación, pero despierta y viva y con un conocimiento suficiente de la tradición religiosa de su pueblo para decir a Jesús: Nuestros padres adoraron en esta montaña y vosotros decís que en Jerusalén es donde tenemos que adorar. Ciertamente no era una mujer cualquiera, como tampoco era un cualquiera Nicodemo.

Nicodemo, un hombre de cabeza; la Samaritana seguramente una mujer de corazón. Ambos tienen sed: Nicodemo, sed de saber, de conocer, de comprender. La samaritana, sed de no sabía qué: quizás sólo de vivir. En el fondo, ambos debían tener, más o menos escondidas, sed de justicia, de verdad, de cariño, que son las fundamentales para el ser humano. El corazón humano no llega nunca a una degradación tal que no le quede un rincón donde esta triple sed quede intacta. Las distracciones, las evasiones, las comodidades, no permiten sentir su ansia, pero la sed está ahí. Esa sed, más o menos disimulada, o esquivada, existía en Nicodemo y en la samaritana.

Nicodemo siente una sed que no le deja tranquilo. La samaritana la siente confusamente, sin tener una conciencia clara de ella. Siguiendo su propio temperamento, Nicodemo se preocupa por formularla, por precisarla; la Samaritana quizás se preocupa por no sentirla, para no sentirse atormentada. Nicodemo quiere apagar la sed con el saber, con los libros, con la Ley, con el diálogo y con la

controversia. La Samaritana la disimula superficialmente con satisfacciones frívolas; en el mismo diálogo parece jugar más que dialogar.

La sed hizo hacer a Nicodemo el primer paso, aunque vergonzante: escogió la noche para acercarse a Jesús. La Samaritana parece tener miedo de enfrentarse con la realidad de su sed profunda, elude incluso la situación que le podría hacer sentir la sed verdadera que en el fondo a la atormenta. A pesar de ello, la fascinación de Jesús la va suavizando, cosa que sólo la manera como lo trata ya manifiesta: empieza diciéndole, un poco agresiva: ¿Cómo es que tú, que eres judío...? Ya sabemos que los judíos y los samaritanos no se relacionaban; después le dice: Señor, no tienes con qué sacar agua del pozo...; y a continuación: Señor, dame de ese agua; y más adelante: Señor, veo que eres profeta. Finalmente se pregunta: ¿No será el Mesías? La manera de proceder de Jesús es parecida en los dos casos, sabiendo que la sed existe en ellos como escondida, o ignorada, les quiere hacer conscientes de los obstáculos que ponen a ella; les quiere hacer sentir que el juego a qué juegan, cada uno a su manera, los conduce a huir del problema y es en el fondo una voluntad de evadirse. Les hace sentir pobres: revelando a la Samaritana su vida y, a Nicodemo, su desconocimiento de las Escrituras: ¿Tú eres maestro de Israel y no conoces esto? La vida para la samaritana, el saber para Nicodemo, eran barreras que les impedían acoger el agua que Jesús les ofrecía, eran pretextos que les ahorraban ir a la raíz de la situación. Una vez descubiertas la precariedad de la vida y del conocimiento, están en situación de acoger el don con acción de gracias.

Las cargas se acomodan caminando

¡A jugar! ¡A aprender!

Busca 10 palabras de más de cuatro letras que aparecen en el evangelio de hoy. Con las letras que sobran obtendrás una frase



T	O	P	D	O	T	L	U	C	O	M
S	L	R	O	S	S	D	I	A	A	S
E	L	O	S	U	E	Ñ	O	R	R	J
E	S	F	S	U	S	A	I	L	I	M
E	N	E	T	A	N	D	O	U	A	E
P	J	T	S	T	O	R	R	O	I	P
R	U	A	O	E	Z	O	A	C	R	O
E	N	E	T	E	R	L	T	A	A	G
J	U	N	B	A	V	D	N	I	M	V
U	O	A	D	L	E	S	A	U	A	G
M	R	A	C	I	O	A	C	P	S	.

Frase Anterior: Jesús nos invita a subir al monte con Él para mostrarnos que es el Hijo de Dios

EVANGELIO (Jn 4,5-42)

En aquel tiempo, llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice “dame de beber”, le pedirías tú, y él te daría agua viva». La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?». Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna». La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla». Él le dice: «Anda, llama a tu marido y vuelve». La mujer le contesta: «No tengo marido». Jesús le dice: «Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad». La mujer le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad». La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo». En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: «¿Qué le preguntas o de qué le hablas?». La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este el Mesías?». Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él. Mientras tanto sus discípulos le insistían: «Maestro, come». Él les dijo: «Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis». Los discípulos comentaban entre ellos: «¿Le habrá traído alguien de comer?». Jesús les dice: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha? Yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega; el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así, se alegran lo mismo sembrador y segador. Con todo, tiene razón el proverbio: Uno siembra y otro siega. Yo os envié a segar lo que no habéis trabajado. Otros trabajaron y vosotros entrasteis en el fruto de sus trabajos». En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: «Me ha dicho todo lo que he hecho». Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo».